

EPISTOLARIO SIN CORRESPONDENCIA

CIPRIANO DE RIVAS CHERIF

En febrero de 1945 Cipriano de Rivas Cherif —que cumplía condena a treinta años de prisión mayor en el Penal de El Dueso— fue aislado en una celda, incommunicado, y sometido al régimen de “rancho seco”. Se le acusaba, a cuanto supo por el director de la Prisión, de haber participado en un “complot” político en el interior de la cárcel y, concretamente, de haber escrito un documento” o carta, firmándolo con el pseudónimo de “Hermano Moro”. Rivas Cherif negó siempre esta acusación esperando que se le sometiera a un proceso por parte de la jurisdicción militar, proceso que nunca tuvo lugar.

Durante estos meses de régimen severísimo, Rivas Cherif, apenas se le permitió disponer de pluma y lá-

piz, escribió, entre otras cosas, un diario, que tituló “Epistolario sin correspondencia”, pues estaba redactado en forma de cartas, día por día, a su mujer y a sus hijos refugiados en México. Ofrecemos en estas páginas algunos extractos de este “Epistolario” —que ocupa 238 páginas de 21 por 15 centímetros— que dura hasta octubre de 1945, aunque Rivas Cherif permaneció en El Dueso hasta el 18 de enero de 1946. Luego, tras un par de meses en la Prisión de Santander, y gracias a la habilidad de sus abogados don Pedro López Agudo en esa ciudad y don José Valverde en Madrid, pudo empezar a disfrutar de un año y medio más de “libertad condicional” hasta su salida definitiva de España en septiembre de 1947.

Enrique DE RIVAS

22 DE JULIO DE 1945

“... Llevaba unos cuantos días de encierro, creo que fue entrado marzo, cuando me anunciaron de pronto un inspector, que, en efecto, entró a verme luego según estaba yo en cama, y a quien hasta que no se dio a conocer no reconocí por el maestro que había en Porlier y a quien nuestro primo Rafael el Curica me recomendó cuando allí estuve. Ha ascendido. Pretendió hacerme creer que nada sabía de nada y que su visita, ajena a cuanto al régimen del Establecimiento

se refería, tenía por objeto *precisamente* ver como inspector de Enseñanza nuestro Teatro-Escuela. Le pregunté por la señorita Carmen Castro y con el pretexto de que ejercen funciones distintas, él en la Dirección propiamente, ella en el Patronato, eludió una respuesta categórica a lo que concretamente le preguntaba; pero no me dejó sin que le dijera mi opinión relativa al origen de mi ‘desgracia’ actual, en la decantada *protección* anterior de mi supuesta amiga. Al día siguiente o a los dos días me martilleaban ya los golpes fieramente destructores de

nuestro teatro al fondo de la galería. Y muy pocos después me llamaba el director, sin mayor pretexto, para decirme con cierta sorna que el Patronato había autorizado el arreglo de *Los intereses creados*, sometido a su aprobación cinco o seis meses antes, y que ya habíamos representado. Luego me preguntó por mi salud y como yo me quejara de la pasividad del médico, quien se había convencido de mi nefritis sólo al saber que había arrojado una piedra, me dijo muy risueño: ‘Pues tenga usted cuidado no vaya a escalabrar a alguien...’”.

18 DE SEPTIEMBRE DE 1945

"Hoy he tenido una media mudanza. Tal cantidad de chinches, en apretadísimo nidos en el techo, apareció anteayer y ayer en mi celda, que temiendo, a lo que creo, que repitieran conmigo el milagro de los ángeles con San Pedro y me sacaran en volandas, dio orden el oficial saliente esta mañana para que enjabelgaran el calabozo y taparan los agujeros. Expediente provisional no más me parece contra una invasión para lo que no bastaría picar la pared, sino echar abajo la casa; pero por lo menos, no me caerán en la cara haciéndome cosquillas y despertándome su perfume, como anteañoche. He pasado, pues, el día, con todos mis bártulos en el cuarto contiguo del hotel, y ya estoy de vuelta en mi casa. Esta mañana nuevamente se ha permitido levemente un guardián darme el consuelo de que, a juicio suyo, el día menos pensado, me dicen que aquí no ha pasado nada... Otro nuevo, más ingenuo y rústico, que el pobre no me miraba apenas y ha tardado lo menos un mes en atreverse a sonreírme, también me ha dicho hoy: 'La verdad es que... cuando vuelva usted a la vida normal, le va a parecer mentira... Pensará usted: ¡Hay que ver, yo con un patio para mí solo y con tantos hombres para guardarme!' Ya le he dicho que hasta ahora, en efecto, no me había dado cuenta de la importancia que se le puede dar en determinado momento a un hombre insignificante. Por algo, el sotasecretario del Juez me decía para convencerme de mi culpabilidad que no puede ser otro que, yo, porque no le hay ahora más importante en la cárcel. ¡Dígame usted! ¿Quién hay más conocido? Es una razón convincente".

22 DE SEPTIEMBRE DE 1945

"Empiezan, claro, a regularizarse las comunicaciones. Para todo el mundo menos para ti y para mí. El ejercicio de paciencia que vengo haciendo hace cinco años largos me tenía tan preparado el ánimo, que voy saliendo con bien de estos ocho meses crueles, cruelísimos en la intención de quienes me los han infligido; pero más llevaderos para mí que para vosotros, para ti especialmente. Confiamos, pues, efectivamente, en la compensación providencial. No sé por qué, porque la verdad es que ningún indicio me autoriza a pensarlo, y mucho menos a creerlo, tengo más firme cada día la esperanza de que se nos ha de lograr, en lo que es ya posible, esa com-

pensación en la tierra todavía. Y ya sin más que transcurra otro Santo. Yo sigo, sin embargo, para no entregarme tan sólo a la vana ilusión, trabajando a largo plazo.

Vienen ahora dos días de fiestas. Y bien sabe Dios, y tú también lo sabes porque te lo he dicho en años anteriores, que las alegrías que aquí se nos dan más me entristecen que otra cosa; de suerte que mañana y pasado que muchos, casi todos, añorarán si no la Merced del año pasado, la de hace dos años, yo no. ¡Con decirte que ya no echo de menos ni el teatro! Es más, me parece incluso que hice mal en ceder a mi gusto y al de los compañeros, prestándome con ello a una aceptación de la mentida transigencia con que se nos brindaba la prisión. Así es más verdad, todo".

23 DE SEPTIEMBRE DE 1945

"... Juzgando por levisimas manifestaciones que no escapan al observador en que se convierte el más distraído de los sabios cuando se le somete a un tratamiento como el que por manera tan curiosa me educa (me reeduca el entendimiento) a los cincuenta y cinco años, en que estoy metido, he podido colegir de poco tiempo a esta parte manifestaciones evidentes de un cambio en lo que hace a mi reclusión. Cambio tan profundo y, a lo que creo entender, en sus más remotas causas, que aún se tardará quizás en advertirse de una manera palmaria y total. El caso es que se me ocurrió, en vista de la postal de Salvadora [tía de CRCH] dirigirme al director, haciéndole ver la anomalía de una 'incomunicación' que me permite saber en el espacio de una postal no más 'que estáis bien' o 'que os habéis muerto'. No dejaba de rogarle que, en todo caso, si, por lo visto, esa autorización excedía sus facultades (la de poder saber exactamente de mi mujer y de mis hijos) me permitiera dirigirme al presidente del Patronato Pro-Presos, de quien —le añadía— tampoco sé si es competencia el entender en más defensa elemental del recluso que la de sus simples relaciones familiares. La respuesta no se ha hecho esperar. Esta vez del director en persona, no por boca de sus subordinados, aunque en presencia del oficial; lo que acaso me sirva en día no lejano. Me ha hablado en un tono de condescendencia y disculpa para conmigo, rara en él de mucho tiempo atrás. Resulta que como 'soy abogado' debo saber que 'no estoy incomunicado, pues que puedo tener correspondencia epis-

tolar y sólo una mala interpretación de los oficiales (¡vaya por Dios!) ha podido hacer que haya estado este tiempo sin comunicar...' Creo que se habrá convenido de que él a mí no, y de que cuando sea, mañana, pasado, dentro de diez años o en el Valle de Josafat si no puede ser antes, se hará la luz sobre esta pequeñez de atormentar a un hombre sin potro ni corrientes eléctricas para arrancarle una declaración. No se me ha olvidado nada de lo que me ha dicho desde el día que entró y en que tuve la franqueza de confesarle el temor que me inspiraba la exageración de una amabilidad, que los hechos desmienten luego. Curioso tipo humano cuyo retrato hará Tito Liviano. [...] No se me olvidará fácilmente, por la cuenta que me tiene, incluso como novelista, la conversación de hoy, donde me ha dicho lo que venía a decirme y algo más, me parece a mí. A mí no me ha oído, claro, sino muy poco de lo que, si no a él, me cumplirá decirle de él. Me ha autorizado, pues, a escribir como antes —y como todos los reclusos— y a que como antes me escriban desde Madrid, transcribiéndome las noticias que de mi mujer, de mis hijos, de mis hermanos, se reciban de México. Y a que pueda leer 'Redención'. Por lo demás, sigo 'aislado', medida que, luego de disculparse con la responsabilidad de la Superioridad, me ha dicho aprobada por el director general en su visita reciente. Es decir, que es suya la medida, y suya la exclamación primera y la afirmación posterior de que la letra de la carta en cuestión era mía, cosa que él dijo 'de primera impresión y porque así se lo pareció. Si luego viene un perito calígrafo y dice que no...' ¡Ah, él no es perito calígrafo! Y me ha dicho tantas cosas más y tan eficaces para mí, que me he convencido, por si no lo estaba bastante, del interés por su parte en que fuera yo, desde luego, el autor de un complot que se hubiera debido liquidar de una manera definitiva en pocos días. [...] Se ha enterado ahora de mi descendencia cherifiana y supone, por lo visto, que yo la ocultaba y que se me ha escapado en un pseudónimo, tan claro que a nadie se le ocurriría taparse con él".

24 DE SEPTIEMBRE DE 1945

"... He hecho la cuenta un poco grosso modo, pero sin exageración, al contrario, quizá calculando de menos, y en estos siete meses y medio he llenado treinta y ocho cuadernos como éste, que hace un total de 1.520 páginas. He leído



Público del Teatro del Dueso, durante una de sus representaciones.

al mismo tiempo 150 volúmenes —muchos más de las dos terceras partes en primera lectura— o sea unas 45.000 páginas de letra impresa que me he metido en el cuerpo. En cambio, ya se me han olvidado los versos que te hice de memoria...”

“... Curiosísima experiencia la de leer un periódico (aunque tan parco y paulatino como ‘Redención’) a los seis meses de no saber nada más sino que había terminado la guerra con Alemania. Una monja me vio sorprendidísimo en el patio, al no saber qué era la bomba atómica. Me dio esta explicación: ‘Una bomba que lo destruye todo. No han tirado más que dos en el Japón y se ha rendido’. Otra versión de un oficial: ‘Yo creo que era el invento de que había hablado Hitler, y que él no quería utilizar para deshacer el mundo’. [...] Supe también que Hitler no se sabe donde está. ¿Ni se lo suponen? Yo sí”.

2 DE OCTUBRE DE 1945

“No ha podido empezar mejor el mes. Estaba ya impaciente por noticias tuyas y me llegan de Susana María, que aunque de tantos meses atrás, del santo de su tía Lola —coincidente este año con mis peores días— tan nuevas me han sido. Y como de antes ya hacía mucho

tiempo que no veía su letra, me ha sorprendido sobremanera su estilo epistolar y el primer paso de sus garrapatillos de antaño a su ‘primera carta’. No tendrá nunca enamorado que reciba obra suya como ésta su padre. [...] Digo que aquellos días de marzo eran los peores, porque fueron los de las más injustas cuanto inútiles vejaciones y molestias; por lo demás te dedicaba especialmente la memoria lírica que consta ya transcrita en un cuaderno. Con lo que se aliviaban en la dedicación constante a tu recuerdo, los pesares y las congojas. Vayamos, pues, pacientemente otra vez con la piedra para arriba. ¿Quién no es un poco Sísifo?”

6 DE OCTUBRE DE 1945

“No había acabado ayer de señalarte el paso de un día a otro de la intraquilidad a la euforia, cuando abriéndose la puerta de la celda comparecieron tres ‘paisanos’ en dos de los cuales descubrí al secretario y al amanuense (nunca mejor dicho, porque aquél es manco) del Juzgado de Santoña, con un joven bien portado delante de ellos, que muy luego colegí ser el Juez. Venían en cumplimiento del exhorto de Santander a comunicarme la inhibición en el proceso que se me sigue, por parte de la jurisdicción militar, y la ratificación del procesamiento por el

Juez de Instrucción competente. Ahora que ya no estoy inculpado de atentar contra la seguridad del Estado, sino de haber constituido una sociedad con otros dieciocho, de los cuales conozco, por los nombres que leo en la copia que me dejaron, a mi compañero de aquí —el que me hacía las veces de segundo en la dirección escénica del Teatro-Escuela— un oficial y un guardián y a la pobre mujer que me servía del pueblo la comida y me lavaba la ropa. Me parece que otra de las cuatro o cinco mujeres encartadas es la madre de otro de mis discípulos; el que, sin duda amedrentado por amenazas semejantes a las que me han tenido a rancho seco cuatro meses y medio, o prometido con complacencias que sólo a él han librado, por lo visto, del procesamiento y no a su madre, declaró, caído conmigo, que reconocía como mía la letra del documento por que se me procesa, y que a últimos de diciembre yo le había entregado un sobre voluminoso para el oficial, incurso también en responsabilidad.

¿Cómo no ser optimista en la adversidad, cuando siempre aparece a mis ojos la injusticia compensada por un rayo de esperanza en la vindicación? [...]”

[El *Epistolario sin correspondencia* de Cipriano de Rivas Cherif acaba abruptamente el 10 de octubre de 1945, cinco meses antes de ser puesto en libertad].